

EL CURA COMPAÑERO

Jesús María Plaza

Los mitos, las leyendas, los relatos, las creencias, son fuentes indubitables de los procesos culturales. Son más valiosas que las verdades. Frente al hecho que impone la reiteración de las costumbres, en el devenir de lo humano, la existencia se abroquelaba en la cultura y decide.

Apartando el dogma y el culto, la religión existe, es un proceso cultural, su propia realimentación, impregna de normas y conductas, el derrotero del hombre en el tránsito por la vida. Lo colectivo consolida lo axiológico que le ofrece el orden religioso. Lo individual lo asume y lo traslada a su conducta. El hombre, negando o dudando de la existencia de un ser superior y creador, es más religioso que el creyente mismo. Asume el hecho cultural, por encima del dogmatismo teísta.

Ante la diversidad de los orígenes del hombre, ante amplitud de la selección natural, que ofrece la subsistencia, el individuo y el colectivo deben optar. Es la vida, es elegir el sendero, es optar. Entre el bien o el mal. Maniqueísmo cambiante del que la cultura se encarga. Entre la verdad y la mentira. Maniqueísmo cambiante del que la cultura se encarga. Entre el espíritu y la materia. Concepción filosófica que transformó a la mítica Atenas. Entre lo justo y lo injusto. Concepción filosófica que transformó a la mítica Roma. Y así llegamos, en la historia que generan las ideas y que sustentan los procesos políticos de la humanidad, a elegir entre la riqueza y la pobreza. Confrontación por el poder, el poder dominante de los ricos, el poder como revancha de los pobres.

El cristianismo, como todos los procesos religiosos en la historia, llegó para imponer, imponer normas, inyectar cultura, conformar poder.

De esta concepción del hecho cultural, nacieron los curas argentinos que combinaron la religión con la política. Y cuando en los comienzos de la segunda mitad del siglo XX, emanaron los cuestionamientos a los órdenes establecidos, abrazaron la épica, la utopía y la militancia. Habían optado. Optaron por los pobres.

Ante la embestida revolucionaria de las posiciones posteriores al Concilio Vaticano II, que generó Giuseppe Roncalli –Juan XXIII– en 1962, con la encíclica "Populorum Progresso", crean, fundan y establecen, el movimiento más insurgente que parió la religión como hecho cultural, en nuestra América Latina, El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Optaron por la reivindicación de los pueblos pobres y optaron por los pobres de los pueblos reivindicados.

Se aferraron a la verdad que les marcó la Teología de la



Liberación. Se sumergieron en los barrios, en las favelas, en las villas. Brotaron como trigo limpio entre tanta cizaña.

Hijos de la cultura popular, se adscribieron a los designios ancestrales de esta Nación.

Para el que escribe, empapado por un agnosticismo racional, fueron auténticos defensores de leyendas, de relatos, de mitos y creencias.

Optaron por un pueblo que equipara, en el altar de la devoción, a la Difunta Correa de San Juan, con la madre Teresa de Calcuta. Optaron por quienes, desde su naturaleza.

Esos curas de mi tierra derramaron su pasión y su verdad por toda la Patria Grande. Florecieron buscando al hombre nuevo de Guevara.

Flores con nombres propios. Carlos Mugica de la Villa 31; Arnulfo Romero, mártir de El Salvador; Camilo Torres, Santo de la guerrilla colombiana; Helder Cámara, teólogo de las Favelas; Méndez Arceo, solidario Obispo de Cuernavaca; nuestro valiente riojano, Enrique Agelelli; Gerónimo Podesta; Jaime de Nevares, voz de los desaparecidos; Ernesto Cardenal, poeta de la Revolución. Flores de esta primavera que vivimos. Todos. Nombres para el nuevo calendario de los pueblos americanos.

Mi humilde homenaje... "Nuestro cura se ha vuelto peonista y la contra le está sacando el cuero. Pero Dios no se sale de la pista y aunque haya un obispo que resista, Él apuesta al curita compañero."